

## AGENDA CIUDADANA

### EL OSO, EL PUERCOESPIN Y UNA RELACIÓN QUE NO CUAJA Lorenzo Meyer

La Obra y las Circunstancias.- Si quien fuera embajador norteamericano en México, Jeffrey Davidow, hubiera planeado el momento de lanzar su libro El oso y el puercoespín. Testimonios de un embajador de Estados Unidos en México, (Grijalbo, 2003), la cosa no le hubiera podido salir mejor. Hoy, la naturaleza de la relación México-Estados Unidos es, de nuevo, uno de los temas que están en el centro de la discusión nacional. Sin embargo, esta discusión tiene una naturaleza más de posición de principios que de análisis de hechos, discusión de generalidades en vez de posibilidades de acciones constructivas. El libro del embajador es una oportunidad de enfocar la discusión de tema tan vital hacia lo concreto, hacia la política como arte de lo posible sin olvidar lo deseable.

La razón inmediata por la que hoy se está debatiendo en México la forma que debe tener nuestra política hacia Estados Unidos, está relacionada con el cese/renuncia de Adolfo Aguilar Zinser a su puesto como representante de México en Naciones Unidas. Este incidente ha adquirido proporciones insospechadas porque ha tenido lugar en una circunstancia de agresividad norteamericana y vacío mexicano por la imposibilidad de lograr un consenso sobre cual debe ser la relación con el poderoso vecino del norte.

En la actualidad, la frontera mexicano-americana es la región del mundo donde cotidianamente se vive el mayor contraste entre el exceso y la falta de poder, entre la riqueza y la pobreza, entre el instinto de dominio y el instinto de supervivencia, entre la prepotencia y la desconfianza sistemática como políticas nacionales. En estas circunstancias el “nacionalismo revolucionario” mexicano de la primera mitad del siglo XX fue un marco y una brújula para tratar los problemas concretos derivados de ese gran contraste norte-

sur. Sin embargo, de ser una política con gran contenido —especialmente en el cardenismo— terminó por convertirse en una mera coartada.

El proyecto económico de industrialización protegida como base de la independencia, se disolvió con la crisis de 1982 y once años más tarde, con la firma del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte, fue sustituido por lo opuesto: por una apuesta a favor de la integración económica con Estados Unidos. En esas circunstancias, el nacionalismo mexicano se quedó sin sustento y en la actualidad ni la clase política ni la sociedad, han sido capaces de desarrollar una nueva esencia para ese elemento fundamental del proyecto nacional. Como en tantas otras cosas, en materia de nacionalismo, de razón de ser como conjunto nacional, vivimos en la incertidumbre.

Con el régimen nacido de las elecciones del 2000, la presidencia intentó elaborar una alternativa al esfuerzo fracasado de la independencia relativa: el de construir con Estados Unidos una relación de socios, desiguales en extremo, pero socios al fin. Sin embargo, y justamente por las razones expuestas en el libro de Jeffrey Davidow y otras, el nuevo enfoque no cuajó, no logró crear un contenido sustantivo para el proyecto y no pasó la prueba de la realidad. Desde la perspectiva del foxismo, la responsabilidad del fracaso está en la falta de decisión o de plano en la mezquindad norteamericana de no aceptar la oferta mexicana. Desde la perspectiva del ex embajador, el problema fue la incapacidad mexicana de romper con los moldes antiguos y, sobre todo, de no pagar el precio de poner la casa en orden y armar un auténtico proyecto económico, combatir la corrupción, abrir el país a la lógica de las exigencias de su desarrollo futuro, que tiene que ser dentro del contexto de la globalización y del mercado.

Los Antecedentes.- Fue en 1825 cuando Estados Unidos nombró a su primer enviado diplomático a México, pero en los 178 años transcurridos desde entonces apenas si

un puñado de los 54 enviados norteamericanos han dejado testimonios personales de sus andanzas diplomáticas, y lo mismo se puede decir de los representantes de México en Washington. Justo en el inicio, Joel Poinsett escribió Notas sobre México (1822), (México: Jus, 1950). Ahí afirmó “En ninguna parte del mundo la naturaleza se ha mostrado más pródiga, y en parte alguna de él goza el pueblo de tan pocas comodidades”; era necesaria una revolución liberal para acabar con gobiernos corruptos, autoritarios y conservadores. En el siglo XX, el tristemente célebre Henry Lane Wilson publicó Diplomatic Episodes in Mexico, Belgium and Chile, (Londres: A.M. Philpot, 1927). Wilson fue muy positivo en torno al México porfirista pero severísimo con la Revolución de 1910 que, a su juicio, hizo aflorar lo violento, salvaje, libertino e incivilizado del pueblo. Un país con dos terceras partes de su población indígena, requería de un gobierno fuerte que lo educara e instalara principios políticos de responsabilidad y patriotismo, y no de una “república altruista” y permisiva. Quien fuera el embajador que entre 1927 y 1930 y estableciera los términos básicos de la relación entre el régimen surgido de la Revolución Mexicana y Estados Unidos, el banquero Dwight Morrow, no escribió nada, pero Harold Nicolson elaboró por encargo su biografía --Dwight Morrow (Nueva York: Harcourt, 1935)— y ofreció información sobre esa “revolución copernicana” que Morrow llevó a cabo para hacer que Washington pasara de la confrontación y la amenaza sistemáticas a la aceptación y cooptación del régimen mexicano. Unos años más tarde apareció la obra del embajador Josephus Daniels, Shirt-sleeve diplomat, (University of North Carolina Press, 1947), un demócrata antiimperialista, que presentó un cuadro sorprendentemente positivo de la Revolución Mexicana en general y del cardenismo en particular. Debieron pasar 56 años antes de que otro embajador norteamericano, Davidow, publicara su visión en torno a su experiencia entre nosotros.

**La Obra.-** La del embajador Davidow no es un visión elaborada desde una abierta posición de superioridad moral, intelectual o política, al estilo de Poinsett o Henry Lane Wilson sino que se coloca claramente al lado de Daniels, aunque sin ser tan optimista, pues las circunstancias han cambiado y mucho. El análisis de Davidow tiene por objeto informar, educar y contribuir en ambos lados de la frontera a disolver los obstáculos de comprensión sobre la naturaleza de la de por sí muy difícil relación México-Estados Unidos. El autor trata menos de justificar y más de explicar y comprender a partir de la perspectiva de su país –el más poderoso del mundo-- pero conciente de que “ninguna nación en el mundo tiene tanto impacto en las vidas cotidianas de los ciudadanos norteamericanos promedio como México”. El impacto al que se refiere el autor es, desde luego, producto de la geografía y no de la decisión de las partes, pero hay la posibilidad de hacer de ese hecho inevitable una virtud. Para ello lo primero es reconocer, luego conocer y, finalmente, analizar y finalmente proponer soluciones constructivas.

**La Tesis.-** Estas memorias diplomáticas bastante francas –lo que se agradece-- abarcan de 1998 al 2002, es decir, el momento del cambio de régimen en México. Su propuesta y punto de partida de (tema que esta columna ya abordó el 13 de noviembre) está contenida en el propio título: **El oso y el puercoespín.** En el mundo de la fauna, el oso es una criatura enorme, fuerte y que puede ser extraordinariamente agresiva. El puercoespín simplemente no es rival, no es competidor, por tanto no se enfrasca en ningún juego de suma cero con el oso. El pequeño puercoespín --vegetariano que contrasta con el oso omnívoro-- está diseñado sólo en función de la defensa. Desde luego que forzadas las dos criaturas a convivir en una relación tan asimétrica como estrecha, el oso puede, por voluntad o inadvertencia, herir e incluso acabar con el puercoespín, pero éste siempre tiene la posibilidad de hacer pagar al plantígrado un precio: el dejarle clavadas algunas de sus

púas córneas. La conclusión de tan metafórica tesis es que la mejor manera de servir tanto al interés del puercoespín como del oso, es llevar la fiesta en paz.

En El oso y el puercoespín el lector no va a encontrar datos hasta hoy desconocidos, pero si una buena cantidad de información sistematizada e interpretada por un observador participante de la relación México-Estados Unidos. El libro aborda varios temas concretos: el narcotráfico y de la corrupción que lo envuelve así como el humillante proceso de certificación en Washington de la cooperación mexicana con Estados Unidos en la lucha contra las drogas. Examina operaciones diseñadas desde Estados Unidos para detectar el lavado de dinero en México, la relación triangular México-Cuba-Estados Unidos, los efectos del 11 de septiembre del 2001 sobre la relación de los dos países, el papel de la prensa norteamericana y mexicana en la percepción de los problemas bilaterales. Aparecen, desde luego, los candidatos –personalidades y proyectos-- y las elecciones mexicanas del 2000, toca el asunto de la incomodidad de Washington con el papel de Adolfo Aguilar Zínser en el Consejo de Seguridad de la ONU y, en las páginas finales, sugiere una lista de temas que son otras tantas posibilidades de cooperación entre los dos países en el futuro inmediato, y que van desde una unión aduanera hasta un fondo mancomunado para carreteras internacionales o un acuerdo para aceptar mayor número de trabajadores temporales. Sin embargo, el tema central es una discusión e interpretación sobre el problema de la migración de mexicanos indocumentados a Estados Unidos.

El Nudo Gordiano.- La migración indocumentada de mexicanos a su país es, desde la perspectiva del embajador, el área donde se ve de manera más clara la dificultad de construir la relación México y Estados Unidos como una asociación efectiva. Se trata de un tema particularmente difícil por la cantidad de intereses materiales e ideológicos que intervienen, que involucra a cinco millones de mexicanos indocumentados (cifras del

embajador), que hacen ingresar a México de 12 a 14 mil millones de dólares anuales y que va a continuar mientras persista la asimetría económica entre los dos países pero que no puede institucionalizarse de manera aceptable para las partes involucradas.

En el pasado inmediato, el centro de la discusión bilateral México-Estados Unidos lo ocupaba otro problema también irresoluble: el de narcotráfico, pero siempre planteado y abordado desde la óptica de Washington. Al embajador le parece que no fue una buena decisión la del gobierno de Vicente Fox de presionar para sustituir al narcotráfico por la migración indocumentada como la prueba del ácido de la relación bilateral como asociación, justamente porque asunto tan peliagudo no podía, en el corto plazo demandado por la efectividad política, servir de cimiento fuerte a una mejor relación entre Washington y el nuevo régimen mexicano. Davidow da buenas razones para apoyar su posición, pero aún así se puede argumentar que es mejor para el interés mexicano que la agenda bilateral conflictiva quede configurada a partir de su posición –migración– que de la norteamericana: narcotráfico. El cambio no significa mucho en la práctica, pero al menos México tomó la iniciativa por primera vez en mucho tiempo.

Al embajador Davidow le irrita el nacionalismo defensivo mexicano de fin del siglo pasado por ser producto de la necesidad del PRI de manipular a la opinión pública, culpar a Estados Unidos de sus propias fallas e impedir el surgimiento de un nacionalismo constructivo, capaz de comprometerse con los puntos de coincidencia de cara al futuro. Y hay que reconocer que el argumento tiene peso, pero lo tendría más si el autor hubiera incluido una consideración sobre el nacionalismo agresivo que hoy domina en Washington y sus posibles consecuencias en la relación con el vecino del sur.

México está hoy un poco a la deriva, su clase política está dividida y enfrascada en sus propias y mezquinas luchas; no se encuentra la solución al estancamiento económico ni,

**menos, hay un proyecto de futuro. En tan gris panorama, obras como la del embajador Davidow pueden ser punto de partida para debatir y generar ideas en torno al tipo de porvenir que debemos buscar con el país que concentra más del 90% de nuestro comercio exterior y donde millones de mexicanos buscan, de manera individual y en condiciones tan difíciles como humillantes, crearse el futuro que, en su propio país, les fue cancelado.**